

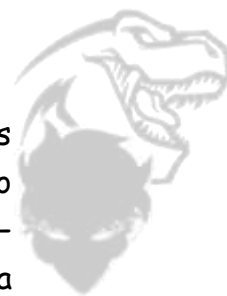
Capítulo 327 - Tu ciclo de maldiciones ha llegado a su fin (Parte I)

El silencio no duró.

Como si hubiera sido partido por la mitad por una espada invisible, el aire explotó en mil fragmentos de energía psíquica mientras Spectre descendía. No como guerrero. No como un dios.

Pero como una oración.

Una sombra líquida en caída libre, arremolinándose en espirales incomprensibles, como si el concepto mismo de forma estuviera siendo destrozado y reconstruido con cada milisegundo. Spectre no tenía cuerpo—tenía una intención. Una mancha en el tejido de la realidad. Un error que nunca debió haber existido.



Virgilio no esperó.

Él no lo necesitaba.

El mundo que lo rodeaba se estaba desmoronando, pero dentro de ese caos, él era el eje. El centro. El catalizador de la locura.

Con un chasquido de dedos, las cadenas de Ouroboros se expandieron como látigos vivos, retorciéndose en el aire y avanzando con un rugido animal. No cortaron el espacio—lo devoraron. Cada movimiento dejaba tras de sí un



rastro de distorsión, como si el tiempo mismo intentara escapar del camino de su furia.

Spectre respondió.

Sus tentáculos, formados por puros pensamientos envenenados, emergieron como lanzallamas del vacío, chocando con las cadenas en un destello de luz púrpura y negra que provocó que el suelo explotara en pedazos. Cada impacto era como el grito de un planeta moribundo, y cada defensa que Spectre había erigido era aplastada por un instinto que no obedecía a la razón.

Vergil se rió mientras cargaba, girando en el aire, tirando de las cadenas con movimientos de baile asesinos. Él era el vendaval y el huracán. El flagelo de los conceptos. Cada uno de sus movimientos destruyó no sólo al enemigo sino al mundo del alma misma. Los pilares del recuerdo se desmoronaron, los árboles del recuerdo fueron arrancados como polvo y los cielos parpadearon entre el día y la noche como un ojo que se derrumba.

"¿QUIERES SER DUEÑO DE MÍ?!" Virgilio gritó, su voz era más animal que humana. "¡ENTONCES TENDRÁS QUE ARRODILLARTE ANTE EL CAOS!"

Espectro avanzado. En un segundo, estaba en todas partes. Sus formas doblaron la geometría del espacio — brazos que se extendían desde lugares que no existían, bocas que gritaban con lenguas que susurraban secretos antiguos y ojos que ardían con el reflejo de todos los pecados que Virgilio había tratado de enterrar.

Pero Virgilio no hizo ningún movimiento para huir.

Extendió los brazos.





"Ven."

El diluvio de tentáculos cayó sobre él como una avalancha de agonía.

Y él se había ido.

No en vuelo.

Pero en velocidad.

Vergil apareció detrás de Spectre en un destello morado, girando con una de las cadenas unida a su tobillo y la otra unida a su antebrazo. Con un movimiento cortante, retorció su cuerpo en el aire y azotó a su enemigo con la fuerza de mil martillos. El golpe destrozó el vacío. El sonido que surgió no fue de dolor... fue de ruptura.



Spectre se tambaleó —no por una lesión física, sino porque parte de su esencia se vio obligada a recordar lo que era tener miedo.

Y entonces Vergil explotó.

No literalmente. Pero como una supernova de poder puro, su alma finalmente aceptó la locura como combustible. Las runas de sus brazos brillaban como pequeñas galaxias que colapsaban, y su carne espiritual se retorció en un éxtasis grotesco —una danza entre el renacimiento y la condenación.

"¡NO TIENES IDEA EN QUIÉN ME HE CONVERTIDO!" Gritó mientras se lanzaba hacia Spectre, con sus cadenas girando como hélices demoníacas.



Giró su Ouroboros hacia la derecha —la cadena se retorció formando una espada, chocando con el rostro abstracto de Spectre y enviándolo volando hacia atrás, mientras fragmentos de conceptos destrozados explotaban a su alrededor, como si pedazos de realidad no fueran más que vidrio.

Spectre aulló, no de dolor, sino de furia indignada.

Mil ojos se abrieron alrededor del cielo como un halo enfermizo.

Mil ojos...y todos lloraron sangre.

Y entonces, con un grito que oscureció las estrellas de su alma, Spectre contraatacó.

La sombra se condensó. Se convirtió en un puño. Un brazo. Un cuerpo de puro rechazo.

Cayó sobre Virgilio como un cometa oscuro, arrasando el aire, la tierra y la lógica misma con un puñetazo cargado de mil generaciones de odio.

Y aterrizó.

El impacto lo destrozó todo.

El suelo explotó en un cráter que se extendía por kilómetros, el cielo se derrumbó y el alma de Vergil quedó destrozada por las dimensiones internas. Voló a través de sus propios recuerdos—escenas que explotaban a su alrededor como vidrios rotos: recuerdos de su madre, Katharina, Ada, Roxanne y su propio reflejo roto y sangrando en innumerables espejos.





Pero no se desmoronó.

Esta vez no.

Virgilio se encontraba entre las ruinas de lo que quedaba de su mundo interior. Su cuerpo tembló —no de dolor, sino de expansión. Como si cada célula se abriera para contener un nuevo universo de furia. Sus ojos brillaban como agujeros negros rodeados de halos de luz púrpura, arrastrando todo lo que lo rodeaba hacia su locura.

Las cadenas se retorcían a su alrededor como serpientes enloquecidas, tatuadas en su carne como sentencias perpetuas. Cada enlace vibraba con los gritos de mil almas fusionadas.

De su boca goteaba sangre, pero ya no era líquido. Era un humo espeso y oscuro, vivo, pulsante, como si la locura hubiera tomado forma líquida y se escapara a través de sus poros. Un fluido que no estaba destinado a existir fuera del abismo de la mente.



Virgilio pasó la lengua por sus labios agrietados, saboreando el amargo sabor de su propio desequilibrio. Escupió un diente con desdén, como si purgara la fragilidad humana que aún persistía.

—Lograste golpearme... —dijo con voz baja y profunda, mezclada con el zumbido de innumerables ecos... todas las versiones de sí mismo, murmurando a través de las grietas del tiempo. Sonrió, como si el dolor fuera sólo otra forma de placer.

"Bien." Luego clavó los pies en el suelo. Y el mundo volvió a gritar. Pero no un grito cualquiera.



Era el rugido de un universo obligado a cambiar de forma.

El suelo se retorció bajo sus pies como una superficie líquida y viva, elevándose en oleadas de huesos y recuerdos.

Manos emergieron del suelo—manos familiares. Sus manos. Formas del pasado. Encarnando sus defectos, sus pecados, su yo muerto que nunca llegó a existir. Todos los yoes que había abandonado. Traté de olvidar. Borrado en su rabia.

Y uno a uno, los absorbió.

No con lástima. No con arrepentimiento.

Pero con hambre.

Con dominio.

Como un rey que reclama su trono devorando la corona de cada usurpador.

"Querías poseerme..." dijo, mientras cada vestigio de su humanidad se derretía en algo nuevo. Algo que no tenía nombre, pero que el mundo sentiría para siempre. "...pero sólo alimentaste a la bestia."

Y luego saltó.

Un salto que violó no sólo la física sino la noción misma de gravedad emocional. El peso del gesto fue tan absoluto que el firmamento tembló. El universo se inclinó para dejar paso. Corrió por los cielos interiores como un cometa de





odio y gloria, rompiendo capas de realidad como si fueran vidrio delgado, rompiendo dimensiones olvidadas.

Cada paso en el aire era un trueno de pura voluntad. Cada giro de las cadenas era una sinfonía de destrucción —no melódica, sino divina en su brutalidad. Los vientos aullaban de agonía mientras los destrozaba.

Y luego descendió.

No como guerrero.

Pero como un juicio.

Puños apretados.

Cadenas bailando como espadas de pura voluntad.

Ojos gritando verdades que la razón no se atrevía a escuchar.

